

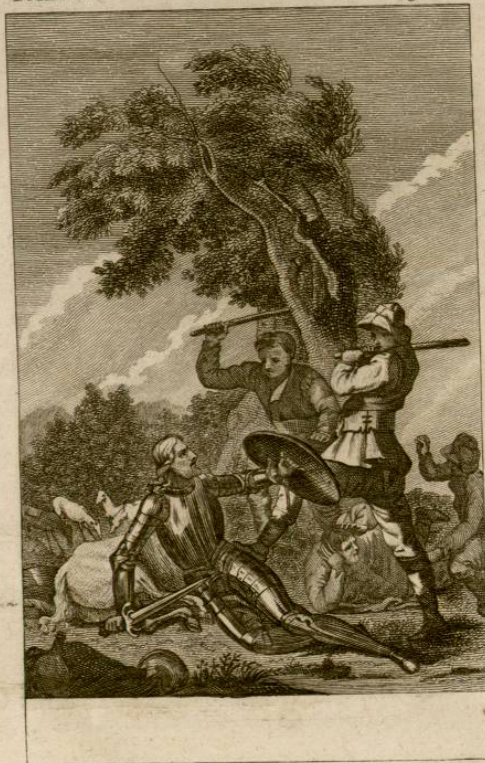
CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Yangüeses.

CUENTA el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se había entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes, sin poder hallarla, viniéron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apearonse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí había, diéron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compa-

ña amo y mozo comiéron lo que en ellas halláron. No se había curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas Galicianas de unos arrieros Yangüeses, de los quales es costumbre setear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quixote era muy á propósito de los Yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que á lo que pareció, debian de tener mas gana de pacer que de al, recibieronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompiéron las cinchas, y quedó sin silla en pelota. Pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se

les hacia, acudiéron con estacas, y tantos palos le diéron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban hijadeando, y dixo Don Quixote á Sancho : á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baxa ralea. Dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿ Que diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros, sino uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los Yangüeses, y lo mesmo lizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo : y á las primeras dió Don Quixote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangüeses, que se viéron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudiéron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzaron á menudear sobre ellos con



grande ahinco y vehemencia. Verdad es que al segundo toque diéron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura, que viniese á caer á los pies de Rocinante que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los Yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote, ah señor Don Quixote. Que quieres, Sancho hermano, respondió Don Quixote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos fal-

taba? respondió Don Quixote : mas yo te juro, Sancho Panza, á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en quantos le parece á vuestra merced, que podrémos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dixo el molido caballero Don Quixote, que no sabré poner término á esos dias; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo, que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas, que se me diese este castigo : por lo qual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrámbos: y es, que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder,

poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias, hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo : tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente Vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dexase de responder diciendo : señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular qualquiera injuria, porque tengo muger y hijos que sustentar y criar : así que seale á vuestra merced tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada, ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baxa, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondió : quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se

vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Insulas que te tengo prometida, ¿que sería de tí, si ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás á impossibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorío: porque has de saber, que en los Reynos y Provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor, de que han de hacer alguna novedad, para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y así es menester, que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para vizmas que para pláticas. Mire vuestra merced, si se puede levantar, y ayudaremos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento.

Jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos, que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y ólandas, claro está, que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, que digo imagino, sé muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anexas al exercicio de las armas, aquí me dexaria morir de puro enojo. Á esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced, si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericor-

dia no nos socorre. Sábeta, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni ménos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la esperiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que soló por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se viéron antes y despues en diversas calamidades y miserias. Porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una columna de un patio (1), y aun hay un autor se-

(1) Dos veces cayó Amadis en poder del Rey Arcalaus: la una le tuvo encantado: la otra le dexó caer en una como sima por medio de una trampa; pero no dice su historia que le diese azotes. Hizole sí padecer hambre y sed; y aun en este trabajo fue socorrido con una empanada de tocino, y dos barriles de vino y agua, que en un cesto le descolgó la doncella muda, sobrina de Arcalaus, llamada Gnaida.

creto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y allí le echáron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita, de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasáron que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá, que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto que quedámos

(Cap 19, y 69.) Quiza lo leeria Cervantes en otro libro de caballerias.

desta pendencia molidos, quedámos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian, con que nos machacaron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me diéron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, quando me santiguáron los hombros con sus pinos, de manera que me quitáron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adónde no me da pena alguna el pensar, si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues que mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital, para

ponerlas en buen término siquiera. Déxate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante. De lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis heridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leído, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa (1), quando entró en la ciudad de las cien puertas (2), iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será, que él debia de ir caballero, come vuestra

(1) Baco.

(2) La ciudad de Tebas.

merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. Á lo qual respondió Don Quixote: las heridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agrade encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga, y nos saltée en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero, que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destes fué Amadis, quando llamándose Beltenébros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor, que le hizo la señora Oriana.

Pero dexemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dixo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta suspiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traído, se levantó, quedándose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo (L) destraido con la demasiada libertad de aquel dia. Levantó luego á Rocinante, el qual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tu-

viéron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta, que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho, que mal traía. Sancho le respondió, que no era nada, sino que habia dado una caída de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta

asimesmo una moza Asturiana, ancha de cara, llena de cogote (1), de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas. No tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon, que en otros tiempos daba manifestos indicios, que habia servido de pagar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ven-

(1) Descogotada, como lo suelen ser algunos paisanos de Maritórnes segun dice Covarrubias (*Tesoro*) y el autor de la *Picara Justina* (tom. I, lib. II, p. 308.) Hablando Quevedo de otra moza, parecida á esta, que servia tambien en una venta, dixo:

*Corita en cogote,
Y Callega en ancas,
Gran muger de pullas etc.*

(Parnaso: Musa Talia: romance *XCVI*.)